

P. E. Caquet, *Campanadas de traición. Como Gran Bretaña y Francia entregaron Checoslovaquia a Hitler*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2021, 304 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.41.2021.1465-1468>

“Suena y suena la campana de la traición ¿De quién son esas manos que la han tocado? De la dulce Francia y de la fiera Albión, y a las dos hemos amado”.

Los versos escritos por el poeta checo František Halas a raíz del Congreso de Múnich de 1938, son los que emplea el historiador P. E. Caquet para titular su obra sobre la crisis de los Sudetes, cuyo título original en inglés era *“The Bell of Treason. The 1938 Munich Agreement in Czechoslovakia”*. Este historiador de la Universidad de Cambridge nos adentra en unos episodios convertidos en hechos clave del imaginario popular checoslovaco, figurados como el momento en que un pueblo defensor de la democracia y la paz fue traicionado y acabó sucumbiendo al poder de un régimen totalitario como el Tercer Reich. Los acontecimientos que rodean la Conferencia de Múnich y la entrega de los Sudetes han sido principalmente interpretados desde dos posiciones: como el acuerdo de un apaciguamiento que frenó la guerra, o como la traición de Gran Bretaña y Francia hacia la democracia checoslovaca, siendo esta segunda línea la asumida por el autor. No obstante, Caquet lo hará desde una perspectiva diferente, al situar su relato desde la propia historia checoslovaca, ya que la mayoría de los estudios se habían acercado al conflicto a través de la historia de la Alemania nazi o de las democracias occidentales. Así se adentra en un conflicto que los checoslovacos atisbaron desde muy pronto. Cuando en marzo de 1938 se produjo el *Anschluss* por el que Alemania se anexionó Austria, el embajador checoslovaco en Londres, Jan Masaryk, aseguró: “No cabía duda de que Checoslovaquia se vería implicada, ya fuese como participe en una hipotética intervención, como mera observadora interesada en lo que estaba pasando más allá de su frontera sur, o como objeto de la futura expansión alemana”.

El autor comienza la obra situándonos en la realidad política de un país surgido en 1918 tras la Gran Guerra como la gran democracia parlamentaria centroeuropea. Sin embargo, su crisol étnico la dotó de una cierta debilidad ante las constantes demandas de sus vecinos por anexionarse territorios

donde vivían minorías polacas, húngaras o alemanas. Ello llevaría a que el país trazara una importante red de acuerdos de protección con países como Francia o la Unión Soviética, formando también la Pequeña Entente con Yugoslavia y Rumanía. De entre todos los vecinos, la Alemania nazi muy pronto se convirtió en el principal peligro. Caquet considera que, para el Tercer Reich, Checoslovaquia suponía “una antagonista ideológica que daba refugio tanto a sus opositores políticos como a los que huían de sus purgas”, dejando un país repleto de esos exiliados a los que Goebbels consideraba “cadáveres de vacaciones”. El principal interés alemán por Checoslovaquia se dirigía al territorio de los Sudetes.

Los Sudetes son una pequeña región al norte de Chequia con una población mayoritariamente alemana. Según en 1938 examinó Elizabeth Wiskemann en su obra “*Checos y alemanes*”, se trataba de un territorio habitado por dos grupos étnicos marcados por un conflicto irresoluble y atemporal. Sin embargo, Caquet niega esa idea habitualmente aceptada al considerar que “el vínculo de la etnicidad no es el parentesco común, sino la aceptación del mito de unos orígenes comunes”, considerando que realmente existía una población entremezclada y que esa comunidad imaginada de los alemanes de los Sudetes fue una creación política cimentada en el terreno abonado por el darwinismo social. La propia idea de los Sudetes habría nacido en una fecha tan tardía como 1902, de la mano del político conservador pangermanista Franz Jesser. Para Caquet, ese germen solo se asentó en la década de los 30, cuando los Sudetes fueron una de las regiones más afectadas por la Gran Depresión, obligando a sus habitantes alemanes a trabajar al otro lado de la frontera, lo cual sirvió para un adoctrinamiento clave por parte de un nazismo que ya tenía desarrollado sus deseos expansionistas.

A partir de tales premisas, el autor se adentra en la historia del Partido Alemán de los Sudetes (SdP) y su líder, Konrad Henlein, rescatando del olvido historiográfico una figura que supuso el equivalente checo de Arthur Seyss-Inquart. Henlein fue el hombre de Hitler en los Sudetes, lanzado a la labor de convertir a Checoslovaquia en el enemigo y proporcionar la excusa necesaria que legitimara una intervención alemana. De esa forma, “los checoslovacos se esforzaban para que sus aliados siguieran de su parte mientras que los henleinistas intentaban sembrar dudas y disponer de suficiente margen de maniobra para asegurarse lo contrario. Detrás de ellos estaba Hitler, preparado para recurrir a la amenaza si las tácticas de Henlein fracasaban”. En este ambiente, Caquet nos detalla las diferentes propuestas

de autonomía promovidas por Edvard Beneš, Presidente de Checoslovaquia, para frenar las tensiones. En todos los casos resultaron fallidas.

En este clima de creciente tensiones, el autor salta al escenario internacional con la intervención de las grandes potencias por frenar un conflicto inminente. El propio Hitler habría ordenado a Wilhelm Keitel (Alto Mando de la Wehrmacht) que iniciara los preparativos del Plan Verde, diseñado para invadir Checoslovaquia. En esas tensiones prebélicas, Caquet nos acerca a las preocupaciones anglo-francesas, donde confluyeron los deseos de apaciguamiento, con el temor a las apelaciones a la autodeterminación en el centro de Europa. Mientras desde el lado francés nos presenta a un Daladier vacilante pero comprometido con Checoslovaquia, desde el lado británico nos muestra a un condescendiente Chamberlain dispuesto a claudicar ante Hitler y sus amplias exigencias del Memorándum de Godesberg, y es que el premier británico resulta el personaje peor parado de esa “traición”. Desde ese análisis, Caquet nos sitúa en un ambiente prebélico con una guerra más probable de lo que pudiera haberse imaginado, con la movilización checoslovaca, Francia preparando reservistas y diseñando la invasión del Ruhr, la Pequeña Entente dispuesta a atacar a Hungría en caso de que se solidarizase con Alemania, o la Unión Soviética preparada para actuar sobre Polonia en caso de que esta también colaborase con los nazis. Para Caquet, la Segunda Guerra Mundial hubiera podido iniciarse mucho antes o, incluso, limitarse a un conflicto menor. El autor realiza un detallado análisis de los efectivos militares de que disponía cada país en el otoño de 1938, momento en que Alemania no había completado su rearme. Además, atacar Checoslovaquia no habría sido como invadir Polonia en 1939, puesto que la Alemania nazi habría debido enfrentarse a un terreno montañoso, un enemigo movilizado, una importante línea de fortificaciones y unos soviéticos dispuestos a confrontar. Para el autor, el temor a un fracaso nazi quedaría contrastado al analizarse los planes de golpe de Estado entre ciertos sectores del ejército alemán promovidos por el propio Jefe del Estado Mayor, Frantz Halder.

Siendo así, ¿cómo pudo producirse la Conferencia de Múnich que concedió el triunfo a Hitler? Para el autor se unieron el temor a la reacción de la opinión pública y los diferentes intentos de pacificación que permitieron a Hitler sentirse en una posición privilegiada. Entre el 29 y el 30 de septiembre, Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier se reunieron en Múnich y acabaron por entregar el triunfo a Hitler para evitar la guerra. La presencia checoslovaca se limitó a la incorporación en la delegación británica de Jan Masaryk (embajador en Londres) y Vojtech

Mastny (embajador en Berlín), aunque ambos permanecieron custodiados en un hotel, donde fueron informados del resultado final. Checoslovaquia perdió recursos, población y superficie. Muy pronto polacos y húngaros pidieron su parte, dejando a Checoslovaquia con un 29% menos de su territorio. Comenzaba una nueva etapa con una Checoslovaquia bajo la órbita alemana que no tardó en claudicar en marzo de 1939. La Conferencia de Múnich había cambiado el destino de Europa. En ese momento, el Presidente Beneš predijo que, en esa situación, el país acabaría cayendo ante polacos, húngaros y alemanes, mientras unos soviéticos desconfiados de Occidente optarían por acercarse a los nazis, dejando un Hitler reforzado que dirigiría Europa hacia una guerra peor de la que las potencias occidentales pudieran haber imaginado. Dicho pronóstico no tardó en cumplirse.

Caquet nos realiza un valioso y detenido recorrido por la historia checoslovaca ante la crisis de los Sudetes, adentrándose en una faceta de la historia europea un tanto desconocida, al siempre trazarse dichas aproximaciones a través de las grandes potencias. Resulta así un rico análisis de aquella realidad, aunque por momentos se lamenta una mayor perspectiva a posteriori para comprender la trascendencia histórica de esos episodios. Además, esto habría ayudado a matizar y enriquecer ciertos análisis. Una figura tan interesante como Henlein queda reducida a mero títere de Hitler en los Sudetes, cuando en realidad su movimiento político estuvo revestido de una mayor complejidad. Como han destacado historiadores como Ralf Gebel o Mark Cornwall, el discurso proalemán de Henlein estaba definido por un cierto énfasis en el particularismo de los Sudetes que confrontaba con el nacionalismo uniformizador del *Großdeutschland* (Gran Alemania) promovido por Reinhard Heydrich, con grandes poderes sobre Bohemia y Moravia. Ello provocaría constantes conflictos y tensiones entre ambos personajes que marcaron la historia de Checoslovaquia bajo el régimen nazi. De esta forma, aunque se lamenten ciertas ausencias, las “*Campanadas de traición*” de Caquet suponen una importante novedad en el panorama historiográfico sobre la era de entreguerras.

ADRIÁN MAGALDI FERNÁNDEZ

<https://orcid.org/0000-0002-3241-8802>

Universidad de Cantabria

adrian.magaldi@unican.es